

NOTAS

CRISIS Y PROGRESO: EL PSICOANÁLISIS EN ARGENTINA

ECKART LEISER

Universidad Libre de Berlín

RESUMEN

Argentina, que lleva menos de 200 años como país con historia propia, desde hace tiempo ya que aporta, y eso a nivel internacional, contribuciones importantes y de corte muy propio al desarrollo del psicoanálisis en general y del psicoanálisis con niños en particular. Los sesenta años que el psicoanálisis allí existe de forma oficial son ricos de cambios e impulsos que repercutieron mucho más allá del psicoanálisis en el sentido estricto como campo de trabajo profesional. Se intenta, en forma de bosquejo, reconstruir el comienzo y la evolución del psicoanálisis argentino y su papel a nivel político y social. En el camino, se echa una mirada especial al psicoanálisis con niños que desde el principio ocupó un lugar relevante en la evolución de allí.

ABSTRACT

Argentina, which is less than 200 years old as a country with a proper history, has rendered yet since a rather long time important and specifically shaped contributions to the development of psychoanalysis in general and particularly to the psychoanalysis of children, and this on international level. The sixty years of its official existence are abounding in profound transformations and impulses which go far beyond psychoanalysis in a strict sense as a field of professional work. An attempt is made —logically it cannot be more than a sketch— to reconstruct the beginnings and the further evolution of the Argentine psychoanalysis and the part it plays in politics and society. A special look is taken at the psychoanalysis of children which from the very start holds an important place in the evolution over there.

Voy a empezar con una historia real que se desarrolló en el mundo psicoanalítico argentino y del que por casualidad fui testigo. Tuve una cita en la casa de Rubén, en la Av. Pueyredon en el centro de Buenos Aires, un día del noviembre de 1998. Graciela, su compañera, se pone a explicarme algo: Desde luego seguiría válida la invitación de Rubén de vivir en su casa durante su viaje a Europa, pero habría un problema. Y me cuenta de un vecino de una casa al lado, antiguo jefe de la policía de Buenos Aires, condenado por tortura y asesinato y amnistiado después. Este señor había presentado una denuncia contra Rubén y próximamente podría venir de visita la policía que ya durante los últimos días había bus-

cado a su compañero, en vano porque seguía de viaje. Me siento más bien curioso que preocupado y decido quedarme. Cuando vuelvo a salir a la calle, en un primer momento no noto nada: una panadería en frente, en el cruce con la Av. Córdoba el ruido ensordecedor de siempre de los autobuses, a la izquierda ante el portal del edificio un policía. Pero entonces veo letras —y letras grandes— que cubren media calle: «Aquí vive Etchecolatz, antiguo jefe de la policía de Buenos Aires, asesino condenado a 23 años de prisión. No olvidamos. No perdonamos. No nos reconciamos. Reivindicamos la lucha de nuestros viejos y sus compañeros. H.I.J.O.S. Hijos por la identidad y la justicia contra el olvido y el silencio.» Como por fin consigo averiguar, la advertencia escrita delante de la casa de Etchecolatz se remonta al día 9 de septiembre, cuando alrededor de 2000 bonaerenses se habían concentrado en este lugar, siguiendo un llamamiento del grupo H.I.J.O.S. para asistir a una acción denominada «escrache».

Ante este trasfondo poco a poco las cosas se conjugan y voy entendiendo la advertencia de Graciela: Rubén es psicoanalista y atiende a un paciente adolescente que por lo visto había oído del llamamiento de H.I.J.O.S. o —quién sabe— dado con una octavilla referente al caso Etchecolatz, con su foto incluida. Total que el día 3 de octubre el joven enjuto de carnes baja de su sesión de psicoanálisis a la calle, reconoce al Sr. Etchecolatz cuando éste sale con el perro a la calle y le grita «asesino». Éste en el acto llama al policía de vigilancia y reclama la detención del joven. El policía obedece a su «antiguo jefe», pero antes de llegar los refuerzos llamados por radio el joven logra liberarse del agarro policial y toca el timbre para llamar a su psicoanalista. Éste no hace caso del principio de la abstinencia establecido por la ortodoxia psicoanalítica y se presenta al instante. Con el grito: «Si Vds. le detienen, serán asesinos iguales que el Sr. Etchecolatz» se interpone entre la cuadrilla de policía totalmente perplejo y su paciente, y todo esto ante los ojos del Sr. Etchecolatz rabioso. El joven aprovecha la oportunidad para huir y el analista, de ahora en adelante, se niega a dejarse arrebatar el nombre de su paciente y por eso ahora él se convierte en objeto de la persecución policial [CLARÍN, 1998].

Ningún psicoanalista alemán se portaría así y dudo que lo harían psicoanalistas españoles. Es más, se les tacharía semejante manera de actuar de falta profesional. Y respecto al paciente joven, en primer lugar se encuadraría su conducta en algún cuadro clínico. Otra peculiaridad respecta a las acciones de H.I.J.O.S. que más que una asociación o un grupo de autoayuda es un movimiento polifacético de jóvenes poco definido a nivel organizacional: ningún grupo «político» en Europa se basaría en un principio tan manifiestamente psicoanalítico: la necesidad existencial e imperiosa de sacar a la luz lo reprimido, tanto para recuperar la propia capacidad de los afectados de vivir como para «desintoxicar» el «inconsciente colectivo» de toda una sociedad, mutilada por el trauma del terrorismo de

Estado, para abrirle camino a un futuro. Nada de aquella «forclusión» mental de la Alemania posguerra de cara a las atrocidades nazi, tapadas por el «olvido feliz» del famoso «milagro económico», y nada de esta versión especial de «represión colectiva» en la España posfranquista vendida como el gran logro de la «transición democrática». Y el compromiso político de los psicoanalistas no se limita a unas acciones individuales, tan poco como el compromiso psicoanalítico de H.I.J.O.S. se limite al capricho de un puñado de jóvenes. Se han constituido ya hace tiempo, a título de ejemplo, equipos interdisciplinarios que incluyen como parte importante a psicoanalistas, para la «restitución» de los hijos robados por los asesinos de sus padres, proyecto protagonizado por sus abuelas, las «Abuelas de Plaza de Mayo» [BARNES DE CARLOTTO, 1995].

Para ampliar un poco nuestro enfoque desde el papel del psicoanálisis en la solución de un trauma histórico del país hacia el aspecto del desarrollo y progreso, en el sentido más elemental, vale hablar de otro movimiento, un proyecto en el ámbito de la educación y la socialización escolar que se llama «psicopedagogía» cuyo radio de acción implica a países vecinos como Brasil y Uruguay. Se llama «Espacio Psicopedagógico Brasileño Uruguayo Argentino» y tiene su sede en Buenos Aires. Su origen y su evolución están estrechamente vinculados con las peripecias políticas recientes del «Cono Sur». Su fundadora, Alicia Fernández, en los primeros días de la última dictadura argentina, escapó por los pelos de los «escuadrones de la muerte» y, durante su exilio en Brasil y a base de su trabajo en las «favelas» de las grandes urbes allí, elaboró un enfoque psicopedagógico inspirado fundamentalmente en el psicoanálisis. Su mensaje principal: la miseria de la «educación escolar» y todos los trastornos que se manifiestan en este ámbito, tienen su raíz en las mismas instituciones de la enseñanza. Antes de querer someter a un tratamiento o a otras medidas adaptivas a los niños en cuestión, poniéndoles la etiqueta de «problemas de aprendizaje», «conductas antisociales», «hiperactividad» etc., hay que cambiar sus maestros, que en estos países casi siempre son maestras, y eso desde un planteamiento psicoanalítico. En el año 1992 salió un libro de Alicia Fernández con el título «La sexualidad atrapada de la señorita maestra. Una lectura psicopedagógica del ser mujer, la corporeidad y el aprendizaje». Ahí llega a la conclusión, después de un análisis exhaustivo del ambiente social en el que se crían las maestras, y de sus pautas psicológicas, que han renunciado pronto a hacerse sujetos de derecho propio, buscar su identidad y asumir su condición de personas deseantes, para convertirse en «señoritas maestras», sin sexo y sin criterio propio. Hace falta desbloquear su fantasía y su creatividad para recuperar su autonomía. En resumen: hay que reanimar su deseo, porque sólo de él puede derivar su deseo de enseñar, de transmitir algo, y sólo entonces serán capaces de infundir en sus alumnos el deseo de aprender, puesto que la falta de éste está en el fondo de casi

los espejismos de la globalización como garante de una riqueza rápida y gratuita. Un término clave de este enfoque teórico es el *mito* (partiendo del *mito* en la antropología de Lévi-Strauss). La cura psicoanalítica tarde o temprano dará con el «mito familiar» del paciente, y este «mito familiar», por su parte, remite a los mitos de toda una cultura, cuyos fantasmas pueden aquejar ya la vida de un niño o un adolescente. En el caso de la Argentina es el mito de la aristocracia feudal, de los terratenientes o del gaucho «heroico», de «Evita la Salvadora», de la decadencia etc.

Para concretar este aspecto sirve hacer una referencia breve a un historial. En éste Ricardo Rodulfo habla del trabajo psicoanalítico con un adolescente que sufre ataques psicóticos y que en sus delirios busca «changas» de todo tipo (lo que en el lunfardo significa «trabajos ocasionales de poca monta y sin cualificación alguna»). Tiene interiorizada una idea tan alienada de lo que es el trabajo, en un sentido «caricaturista» del «trabajo alienado» de Marx, que un trabajo útil le resulta inimaginable. Tiene que emprender un largo camino, apoyado en su psicoanálisis, para descubrir lo que es *jugar* para poder subvertir el trabajo con una dosis del juego. Y así por fin consigue asimilar el trabajo como algo que puede tener sentido y que es compatible con la vida. El psicoanálisis «al revés»: contra la adaptación capitalista y a favor de un deseo capaz de subvertir una realidad alienadora [RODULFO, 1989].

Todas las particularidades del psicoanálisis argentino de las andamos hablando no se deben a las proezas de unos psicoanalistas geniales sino que son fruto de un proceso histórico. Entremos un poquito, como último punto de mi temario, en esta historia del psicoanálisis argentino que tiene una relación estrecha y especial con la historia política del país.

Si quisiéramos dejar comenzar la historia del psicoanálisis argentino con su institucionalización, tendríamos que empezar con el año 1942, cuando se firmó la cédula de fundación de la «Asociación Psicoanalítica Argentina» (APA). Sin embargo, de asentar el «punto cero» histórico de esta manera, se le escaparía un proceso largo en el cual se creó ya el ambiente para el psicoanálisis y en el que ya se puso la aguja para su concepto de sí mismo y su modo de trabajar. Y vale la pena echar al menos un breve vistazo a esta «prehistoria».

A los primeros personajes en la historia de Argentina que recogieron algunos planteamientos del ámbito del psicoanálisis perteneció *José Ingenieros*, famoso médico, psiquiatra, filósofo, sociólogo y criminalista, con alguna simpatía para lo que en la Argentina de entonces se entendió por «izquierda» (hasta la actualidad un término un tanto borroso en un país donde un partido relevante de la «izquierda» en el sentido europeo nunca había). A principios del siglo XX, con motivo de un viaje a Europa, entró en contacto con el trabajo de *Charcot*, famo-

todos los problemas escolares. Es una aproximación que se distingue mucho de una perspectiva meramente técnica de «reparar» algún fallo del alumno individual que caracteriza tanto la pedagogía de nuestro ámbito europeo. Y es un proyecto muy concreto que se plasma en una variedad de talleres, jornadas y grupos de trabajo diseminados por los tres países. Y encima, es un proyecto que precisa de pocos recursos materiales, en países tan hostigados por la crisis económica.

Pero como estamos aquí en una reunión de gente que en su mayoría son científicos, conviene hablar también un poco de las aportaciones teóricas del psicoanálisis argentino, puesto que, aunque parezca mentira a algunos colegas de las así llamadas «ciencias exactas», la práctica psicoanalítica también precisa de un fundamento teórico que, desde los tiempos de Sigmund Freud, ha evolucionado profundamente. Para concretar el tema, voy a hablar del enfoque teórico que mejor conozco porque su autor, Ricardo Rodulfo, es amigo mío y colaboramos desde hace muchos años. Como se ha convertido en un punto de referencia clave del psicoanálisis argentino, entretanto muchos alumnos y colegas suyos trabajan en la misma línea. De entrada ya llama la atención que desde este enfoque en el centro del trabajo no está el paciente «clásico», el neurótico adulto al estilo de Woody Allen, sino los niños y adolescentes. Ahí está el reto, aunque, para ganarse la vida, también hay que atender a la clientela de siempre. Y los casos que derivan a los psicoanalistas no sólo son tan «graves» que pocos psicoanalistas españoles o alemanes se atreverían atenderlos: niños autistas, niños psicóticos, trastornos narcicistas, cuadros psicósomáticos graves etc. Es más, el espacio en el que trabajan dista mucho del «encuadre clásico». Es un espacio sumamente «lúdico» y «abierto» que no apunta a quitar a los niños y adolescentes su «mala fantasía» para inculcarles un «Yo» fuerte y adaptado a lo que los adultos llamamos la «realidad». Al contrario, se trata de reconstruir la capacidad de jugar y, en este sentido, «subvertir» la realidad.

A nivel teórico, el punto de partida no es el individuo aislado y como tal objeto de intervenciones profesionales, sino el colectivo, por una parte como instancia patologizante y por otra parte como verdadero sistema de referencia del trabajo terapéutico, empezando por el colectivo nuclear que es la familia. Pero desde allí hay que ampliar el horizonte hasta la cultura y la sociedad en su conjunto. En una entrevista que hice a Ricardo Rodulfo en el año 1996 dijo que a fin de cuentas toda la sociedad tendría que colocarse en el diván, incluido muchos psicoanalistas que hace tiempo ya han abandonado su oficio de asumir un papel crítico dentro de la sociedad. En el caso concreto de la Argentina, esta sociedad en la actualidad sufre de una patología muy grave, como más que nunca se manifestó en los últimos años, cuando la crisis culminó en todos los sentidos: una sociedad desfigurada por el colonialismo, intoxicada por los crímenes de la dictadura, luego por el *menemismo* como extremo de la perversión política y además deslumbrada por

so psiquiatra en París que trabajó con «histéricas», maestro de Freud y en este sentido precursor del psicoanálisis. Era *Ingenieros* el primero en proponer la creación de ambulatorios en instituciones estatales para el tratamiento de la neurastenia, la histeria y otros trastornos psíquicos para los que no es imprescindible un internamiento. Y es más, opinó que las clínicas psiquiátricas deberían dedicarse a la enseñanza y la formación práctica de su personal, una idea casi revolucionaria por aquel entonces cuando los «manicomios» en primer lugar sirvieron para recluir a sus pacientes. Esta vinculación de ofertas terapéuticas con servicios sanitarios comunitarios, ambulatorios y particularmente hospitales estatales puede considerarse hasta hoy en día una especificidad del psicoanálisis argentino.

Otro ejemplo para el efecto de transferencia, y esta vez mediante la inmigración, es el de *James Mapelli* quien —también a principios del siglo XX— creó una psicoterapia muy especial a la que dio un nombre bastante caprichoso, a saber la «psicoinnervación», inspirado por una parte en la *reflexología* de *Pavlov*, pero por otra parte con el empeño, al igual que el psicoanálisis, de remontar el «síntoma» a sus orígenes en algún acontecimiento traumático en la historia del paciente. El jefe de un hospital público le ofreció un espacio para instalar su consultorio. Más adelante lo cerraron porque los médicos imponían más y más su monopolio referente a la aplicación de psicoterapias. Sólo en 1987 y bajo una fuerte presión política este monopolio cayó y psicólogos tenían acceso a la carrera de psicoanalistas [LEISER, 2002].

Tanto acerca de los «antepasados» del psicoanálisis. En los años 40 el terreno en Argentina estaba lo suficientemente preparado para la recepción del psicoanálisis como para que se puso en marcha una reticulación de sus adeptos y acto seguido la consolidación y organización del movimiento psicoanalítico. Esto coincidió con un estado de ánimo especial en la cultura argentina durante la Segunda Guerra Mundial: ubicado al margen del mundo y de los sucesos y políticamente posicionado en una ambivalencia peculiar entre la neutralidad formal y una complicidad encubierta del régimen militar de entonces (Rawson, Ramírez, Perón) con las potencias del Eje lideradas por Alemania. Esta situación dio un empuje a un movimiento de base del que el psicoanálisis formó parte. Quizá se deba a este origen del movimiento psicoanalítico en una «contracultura», que su modelo organizativo, incluso en las asociaciones oficiales, tiene una estructura mucho más horizontal y que está mucho más abierta para transformaciones originadas en la base de lo que conocemos desde las asociaciones europeas con su funcionamiento a veces hasta autoritario. Además este movimiento obtuvo un refuerzo por parte de psicoanalistas europeos con la biografía especial de exiliados.

Vale la pena echar una breve mirada a una de estas figuras, la psicoanalista austríaca *Marie Langer*. Esta mujer no sólo tiene relevancia como uno de los

miembros fundadores de la APA que ulteriormente jugó un papel importante en la futura evolución de esta asociación y sus escisiones, sino también por su personalidad fascinante y sus aportaciones innovadoras al trabajo psicoanalítico. En cierto sentido ella es la «encarnación» de un concepto diferente del psicoanálisis, un psicoanálisis político, «subversivo» y «revolucionario-cultural», un psicoanálisis que se niega a atrincherarse con sus pacientes de clase media-alta en sus consultorios privados, haciendo las paces con los poderosos, en América Latina siempre una fuerte tentación. En la medida que el psicoanálisis argentino intentó una y otra vez tomar en serio las reivindicaciones de Marie Langer, una y otra vez ha sido capaz de dar nuevas respuestas prácticas y teóricas a los retos que se plantearon, por ejemplo en el campo del psicoanálisis con niños, y se ha hecho, y eso a nivel mundial, un punto de referencia importante. En este sentido le debe mucho a Marie Langer [LANGER, 1986].

Algunas notas acerca de su biografía: Procediendo de una familia acomodada de Viena de origen judío, estudia la medicina y empieza su análisis didáctico en el entorno íntimo de *Sigmund Freud*. Impulsada por su afán emancipatorio de mujer pero también revuelta por el fascismo austriaco en ascenso, va politizándose y combina su oficio de psicoanalista con su trabajo clandestino en el partido comunista de Austria. Cuando este conflicto entre su oficio y la clandestinidad se vuelve insoportable deja su trabajo de analista, y como médica se pone a disposición de las brigadas internacionales en la Guerra Civil de España. Desde allí, ante el avance imparable de las tropas nazi, huye a América Latina donde, más bien por casualidad, desembarca en Argentina en lugar de México que era su destino favorito. El mismo día de su llegada el ejército de Hitler entra en Viena. Desde la Argentina, posteriormente desde México y en la última etapa de su vida desde Nicaragua, llega a hacerse pionera del trabajo psicoanalítico con mujeres, particularmente en relación con los problemas de la sexualidad femenina, y al mismo tiempo elabora técnicas psicoanalíticas de terapia grupal y del trabajo enfocado en problemas dentro de instituciones. Respecto al psicoanálisis argentino, en la medida que sus colegas se ponen a ceder ante el autoritarismo interno y externo, ella siempre milita en la banda de los «disidentes».

Hagamos un intento ahora —no puede ser más ante un tema tan complejo— de mirar un poco más de cerca el papel del psicoanálisis en la evolución social y política de la Argentina y empecemos con su aportación al sistema de salud. Ya en su «prehistoria» dimos con experimentos de ligar ofertas psicoterapéuticas con hospitales (véase el ejemplo de *Mapelli*). De una importancia particular eran los intentos de transformar los «manicomios» y clínicas psiquiátricas de lugares para la reclusión de los «locos» en instituciones destinadas a promover la investigación y el tratamiento de «enfermedades mentales». Desde esta perspectiva el concep-

to de «enfermedad mental» rebasó ya muy pronto el pensamiento puramente médico-psiquiátrico respecto a lo que es son una enfermedad y sus causas. Ya en la primera etapa del psicoanálisis un campo central de trabajo era la investigación y el tratamiento de la *psicosis*. La interdisciplinariedad y el trabajo en grupos — introducido por Marie Langer como ya decíamos— culminó en los años 60 con la propagación de «comunidades terapéuticas» en clínicas psiquiátricas. Más allá del trabajo con pacientes crónicos se originó un número creciente de ambulatorios psiquiátricos con equipos interdisciplinarios, integrados en Centros de Salud comunitarios que de alguna manera y a pesar del desastre económico del país funcionan hasta hoy. Resumiendo todas las aportaciones del psicoanálisis al sistema de salud, se puede hablar de una apertura impresionante del concepto de la enfermedad y su tratamiento hacia lo social.

Con lo que hemos llegado a otro aspecto importante de la historia del psicoanálisis argentino: su papel político. Un buen ejemplo para ilustrar este papel lo encontramos en los años 60 durante la dictadura del general *Juan Carlos Onganía*. En el año 1966 la policía toma por asalto las universidades del país, demuele todo y arremete brutalmente contra los estudiantes y los empleados y profesores universitarios. Estos excesos se han apuntado en la historia de la Argentina como la «Noche de los Bastones Largos». Objeto preferido de las cargas policiales era la Facultad de Psicología de la UBA. Poco después se dicta la Ley 17.132 que, más allá de la prohibición ya existente de ejercer el psicoanálisis, prohíbe a los psicólogos el ejercicio de todo tipo de psicoterapia. Un efecto paradójico de las medidas de represión en el ámbito de «Salud Mental» era, con el fin de controlar mejor la psicoterapia valorada como «subversiva», la instalación de «consultas psicopatológicas» en los Hospitales Generales, y fuera de estos hospitales de «Centros de Salud Mental». Desde entonces ya no pareció tener importancia para el aparato represivo lo que pasó *dentro* de las Clínicas Psiquiátricas aparentemente bien blindadas hacia la sociedad, con la consecuencia que allí se generaron cada vez más «comunidades terapéuticas». Para el Estado se trató de «niñerías», pero precisamente allí se recogían experiencias valiosas que sirvieron para reforzar el potencial «crítico» dentro y fuera de las clínicas. El sistema de salud y el debate sobre su función acabaron transformándose en un factor importante de la resistencia. Una nueva ola de huelgas aun más fervorosas inundó el país y la lista de las víctimas de la represión, entre muertos, heridos y detenidos, se alargó más y más. El 29 de mayo de 1969 la huelga en Córdoba tomó proporciones cada vez mayores y desembocó en una sublevación de obreros y estudiantes. Hacía falta la intervención de las Fuerzas Armadas para recuperar el control de la ciudad. También estos sucesos, bajo el nombre «Cordobazo», se inscribieron en la historia de la Argentina y otra vez tenía una repercusión especial entre psi-

cólogos, psicoanalistas y psiquiatras. La Asociación de Psicólogos de Buenos Aires emitió un comunicado donde manifiesta su apoyo para una huelga general proyectada para el 1 de julio y donde condena en particular un atraco policial contra una asamblea plenaria de los estudiantes de la Facultad de Psicología de la UBA.

Estos tiempos revueltos forman el inicio de una auténtica movilización social y conceptual en el psicoanálisis argentino que culminó en los años 70 y que se plasmó en muchos proyectos y servicios novedosos, sobre todo en el campo del psicoanálisis con niños. Lo que pasa es que todos estos proyectos y ofertas psicoterapéuticas dentro y fuera de la psiquiatría fueron aniquilados con una rapidez y brutalidad singular por el régimen de Terror del Estado llegado al poder con el golpe militar de 1976, y eso en parte físicamente mediante el asesinato de los profesionales a los que los militares consideraron una categoría especialmente peligrosa de «enemigos del Estado». Se puso en marcha una auténtica caza contra psicoanalistas conocidos por su compromiso social, y en la cabeza de las listas de búsqueda figuraron los psicoanalistas de origen judío, una combinación bastante frecuente en la Argentina. Un psicoanalista de niños que ahora vive en España y que es amigo mío me contó que de sus 18 compañeros de estudio la dictadura militar asesinó a 14.

Ya hemos hablado al principio del papel del psicoanálisis en la Argentina actual y de su presencia social. Todo esto en su conjunto demuestra que la escasez de recursos económicos que caracteriza un país como Argentina puede fomentar incluso un pensamiento innovador. Si esto además se empareja con una creatividad teórica y práctica como la que caracteriza el psicoanálisis argentino, hasta un país en el «fin del mundo» puede generar experiencias y modelos provechosos para nuestros países presuntamente tan avanzados.

BIBLIOGRAFÍA

- BARNES DE CARLOTTO, E. *et. al* (eds.) (1995) *Filiación, identidad, restitución. 15 años de lucha de Abuelas de Plaza de Mayo*, Buenos Aires
- CLARÍN (1998) «Enjuician a un médico por una denuncia de Etchecolatz» *Clarín*, edición 2.11.1998, pág. 10. Buenos Aires.
- LANGER, Marie (1986) *Von Wien bis Managua*. Freiburg, Kore.
- LEISER, Eckart (2002): «Anfänge und Entwicklung der Psychoanalyse und Kinderpsychoanalyse in Argentinien», *Studien zur Kinderpsychoanalyse XIX*, 127-147.
- RODULFO, Ricardo (1989): *El niño y el significante*. Buenos Aires, Paidós.

